



## Viaje en moto por Sudamérica (y IV)

# Los ecos de una dramática conquista

Personajes indomables bajo el rígido imperio de la ley castellana dejaron su huella en un territorio en el que el viajero descubre marcados contrastes

◆ Miquel Silvestre

Makará es pequeña villa ecuatoriana sumida en la montañosa selva andina que hace frontera con Perú. La población parece vivir en el letargo permanente. Calles sin pavimentar. Edificios de dos plantas, hechos de madera y con soportales sostenidos por estrechas y alargadas columnas de las que hay colgadas hamacas. En ellas hay tumbados tipos tocados con sombrero panamá. Nada más encontrar un modestísimo hotel se desata un diluvio. Estamos en época de lluvias en el Trópico y cada atardecer de ahora en adelante se anunciará con un violento chaparrón.

El viaje a Quito depara agradables sorpresas. La primera es la majestuosidad de los paisajes montañosos. Los valles verdísimos se advierten al fondo entreverados de nubes. Otra sorpresa es la extraordinaria factura del asfalto con la que está hecha la carretera. Está perfecta. Ni un bache, adecuados peraltes y además han desaparecido los badenes que tanto abundan en Perú y que convierten la conducción en un suplicio. La tercera es la limpieza. El país está limpio. No hay rastro de la espantosa basura que afea arcones y vías de los países vecinos.

**QUITO.** A 2.800 metros sobre el nivel del mar, el centro de Quito es Patrimonio de la Humanidad. Lo fundó Sebastián de Benalcázar el 6 de diciembre de 1534. Allí se dieron cita dos hombres que protagonizarían una de las más desastrosas expediciones en busca de riqueza, pero que acabarían, sin pretenderlo en sus inicios, en un fabuloso descubrimiento y en una extraordinaria gesta exploratoria.

En 1541 Diego de Almagro y Francisco de Orellana encabezaron una partida en busca del País de la Canela, especia con la que pensaban hacerse ricos, y se aventuraron hacia el Este. Sigo sus pasos casi 500 años después y lo primero que hago es toparme con una sierra abrupta coronada de niebla, nubes y lluvias torrenciales. El descenso me precipita contra una tupida selva en la que los expedicionarios estuvieron a punto de perecer de hambre. No había canela, pero tampoco alimentos. Y aun así, siguieron avanzando con sus petos y corazas y su insensata determinación.

Me lleva horas de tórrido calor y espesa humedad alcanzar el punto en el que confluyen los ríos Napo, Coca y Pañamiño. A los expedicionarios les costó veinte terribles días en los que perdieron 140 de los 220 españoles que componían la tropa. Me recibe una fea población que hoy vive del petróleo amazónico y que se llama Puerto Orellana. Aquí se separaron los dos capitanes. Francisco de Orellana construyó un bergantín y se lanzó al agua a buscar alimentos. Pero Orellana nunca regresó. Incapaz de remontar río arriba, decidió seguir. Encontró el Amazonas, navegó 4.800 kilómetros y siete meses después llegó al Atlántico. No encontró riquezas, pero había pasado a la Historia. Por cierto, el nombre del río se lo dieron

porque fueron atacados por mujeres guerreras.

**BOGOTÁ.** Colombia es una interminable obra. Las carreteras estrechas y bacheadas están siendo renovadas todas a la vez. Los trabajos en la vía son constantes con constantes paradas y miles de camiones.

En Bogotá encuentro uno de los más desconocidos atascos en la capital de Colombia. Es una urbe que representa lo que significó el raro momento de la colonización de un nuevo mundo donde las aspiraciones de gloria y riqueza de aguerridos aventureros se solapaban a la reglamentación burocratizada de una monarquía absoluta. La empresa de América fue hecha por tipos indomables, pero bajo el rígido imperio de la ley castellana.

El que primero llegó fue Gonzalo Jiménez de Quesada desde Santa Marta, a orillas del Caribe. En agosto de 1538 realiza la fundación de facto de Santa Fe de Bogotá. Pero el mito del Dorado era demasiado atractivo. Poco después aparecerían Se-

que el tipo que les vigila desde la alta peana de la estatua de la plaza del Reloj es paisano suyo. Don Pedro de Heredia, fundador de Cartagena en 1533.

El verdadero héroe es el almirante Blas de Lezo. Le llamaban "Medio Hombre" porque había perdido en acciones de guerra un brazo, una pierna y un ojo. Aun así se le considera uno de los mejores estrategas españoles por la derrota que infligió a la Armada Inglesa, muy superior en fuerzas, al intentar invadir Cartagena en 1741. Tan seguros estaban los británicos de su victoria que por adelantado acuñaron unas monedas conmemorativas de la toma de la ciudad que nunca pudieron poner en circulación.

**PANAMÁ.** En el paseo marítimo de la ciudad de Panamá encuentro la estatua de Vasco Núñez de Balboa, nacido en Jerez de los Caballeros. Llegaría a América en 1500. Establecido en La Española intenta la agricultura, pero se endeuda y no consigue prosperar. En 1509, para librarse de



Camino de Quito. | M. Q.

bastián de Benalcázar desde Ecuador y un alemán llamado Nicolás Federman desde Venezuela, donde la familia Welser había obtenido derechos de Carlos I por la ayuda prestada para su entronización.

Discutieron sobre quién tenía justos títulos reales para gobernar. Intentando no liarse a tortas, convienen en realizar una fundación jurídica en abril de 1539. Acto seguido marcharon a España para buscar el favor real para sus respectivas pretensiones.

El éxito que tuvieron fue dispar, resultando peor parado Federman, ya que acabó muriendo en prisión por unos pleitos con los Welser.

**CARTAGENA DE INDIAS.** La ciudad es una joya arquitectónica. Cientos de miles de visitantes recorren su casco histórico amurallado. Muchos de ellos son madrileños, pero seguro que la mayoría ignora

sus acreedores en Santo Domingo, se embarca rumbo al continente.

Los indígenas le informan de la existencia de un mar al otro lado. Comienza una expedición a través de una selva impenetrable. El 25 de septiembre ordena a sus hombres que se detengan y sube solo a una cima. Desde allí contempla el mar. El 29 toma posesión del nuevo océano en nombre de Carlos I con el agua hasta las rodillas, la espada en una mano y el estandarte con la Virgen María en la otra. Lo llamó Mar del Sur.

Balboa es que es ya un hombre moderno, le preocupa la fama, la gloria, el nombre que dejará. Sorprende la cuidada escenificación que organiza en torno al descubrimiento. Es consciente de que tras América es el hallazgo más importante para la geografía moderna y la Historia y por eso quiere que el retrato que se haga de él sea el de un auténtico descubridor.

Es curioso observar cómo las iglesias situadas en esta colina tienen un estilo totalmente diferente a las del resto de la ciudad. Tanto Santa Sabina como Santa Prisca o San Alessio son templos paleocristianos, de ahí la sencillez de sus formas y la ausencia de decoración.

Pero además de toda la historia de la que ha sido y es protagonista esta colina, hay algo en ella me atrevería a decir que mágico; sólo el entorno de sus recónditas plazas mueve a la ensoñación.

La primera vez que estuve en el Aventino subí en coche, era de noche y el perfume de azahar que nos envolvió me dejó estupefacta, sin darme cuenta de que era lo lógico, tanto por la época del año en la que estábamos como, sobre todo, porque en el Aventino se encuentra el parque Savello o Jardín de los Naranjos, desde el que se puede disfrutar de unas vistas fantásticas de la ciudad. Recuerdo que cuando me contaron que se llamaba así porque fueron los dominicos, en concreto Santo Domingo de Guzmán, quienes plantaron el primer naranjo traído de España, me entusiasmé.

Tiempo después, en posteriores visitas intentando descubrir nuevos rincones del Aventino, pude fotografiar el que dicen que fue el primer naranjo plantado en el siglo XIII por Santo Domingo. Se encuentra en el patio del convento de los dominicos y se puede ver desde el exterior por medio de un agujero.

Parece que los agujeros o "bucos", que dicen aquí, son los encargados de permitir visiones sorprendentes.

Unos metros más allá, en la plaza de los Caballeros de Malta, rodeada de los edificios de la orden, existe una gran puerta que cierra el acceso al jardín de uno de ellos y que podría pasar totalmente desapercibida, a no ser en las horas centrales del día, cuando siempre se encuentran turistas haciendo cola para mirar por el agujero de la cerradura. Esperas paciente y te acercas a la cerradura con la sensación de estar haciendo el tonto y de pronto miras y lo ves. Aparece en el centro del agujero, a través de una especie de pasadizo verde, la cúpula de San Pedro.

Es la sorpresa que guarda esta colina. El regalo que te hace después de haber pasado un tiempo delicioso recorriendo su fisonomía rebosante de historia, de glamour, de misterio... Un mágico misterio envuelto estos días en esos tonos ocres con los que se viste la naturaleza. Unos colores que nos invitan a sumergirnos en esa dulce melancolía que nos brinda el otoño romano.